

LA MODA.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.

Este periódico se publica todos los Domingos. En el número 1.º de cada mes se reparten cuatro láminas, representando,

unas, las últimas modas de París, otras, Patrones para bordados, cortes de vestidos, etc., ó bien lindos dibujos de tapice.

ría ó en Crochét. Precio de la suscripción 9 reales al mes, lo mismo en Cádiz que en los demás puntos de la península.

SUMARIO. = *Música*, por D. Francisco Flores Arenas. = *Dos palabras sobre un artículo del periódico El Ateneo*, por D. Francisco Flores Arenas. = *Revista de Cádiz*, por D. Adolfo de Castro. = *Rugier de Láuriga. Segunda parte*, por doña Felicitas Asin de Carrillo. = *Geroglífico*.

MUSICA.

No vamos á escribir un artículo de arte, por mas que el epígrafe parezca demostrarlo asi: todo lo mas será un artículo de costumbres.

No es, pues, la influencia de los sonidos lo que nos proponemos investigar: es la influencia del ruido: no es la nota, por ejemplo, que da el clarinete; es el resoplido del que lo toca.

Principiaremos por el teatro, que es como si dijéramos su templo, su lugar sagrado, y supongamos que en este teatro hay compañía de ópera italiana, lo cual no es poco suponer. La concurrencia es numerosa; es además lo que se llama escogida; los que han pagado sin disfrutarlas sus localidades durante la temporada dramática vuelven á ocuparlas ahora. Es que hay música, y es que el buen tono exige que la música agrade. Sin embargo, volved en torno vuestros ojos hácia los palcos y las lunetas. Allí una elegante pollita, que tiene piano en su casa para deletrear en él una danzita y figura y media de lanceros, vuelta de espaldas al escenario dispara á toda máquina la lengua y el abanico en celosa controversia con el mancebo que tiene al lado y que no se queda corto por su parte cuando por acaso le dejan meter baza, lo cual es empresa nada fácil en ningun caso y menos en aquellas alturas. Una vara mas allá dos papás comentan el parte telegráfico y la cotizacion de la bolsa. En un palco inmediato se espiden y se reciben otros partes de otros telégrafos, de cuyos partes suele enterarse todo el mundo. En otro palco del lado opuesto dos pares de gemelos se asestan hácia un prendido artístico y caprichoso que luce algo mas allá, y como

OCTUBRE.

la cosa lo merece, cada pelo se analiza, cada encage se quilata y cada cinta se estudia con el mas minucioso detenimiento, comunicándose mutuamente ambas observadoras el resultado de sus prolijas investigaciones.

Todas estas cosas, y otras muchas que en obsequio á la brevedad omitimos, suelen tener lugar durante la escena de mas interés ó durante la mejor pieza de la ópera. Calcúlese lo que de ella se habrá oido; pero como es música no se debe faltar al teatro, aunque para los que van á él muchos y muchas, harto mas cómodo y mas barato les sería el estarse en su casa ó en la agena.

Resulta de lo dicho que la música es allí frecuentemente un pretesto: no es el sonido el que se vá á buscar, es el ruido.

En los paseos la música es el gran resorte, es el elemento indispensable, es la sal del huevo. Averigüemos el por qué, si nos es posible.

Ya se comprende que para pasearse no se necesita ciertamente del bombo, del requinto ni del trombon; pero es el caso que ese bombo, ese requinto y ese trombon, aun dado caso que no tocasen, llaman gente á la Alameda y la llaman á la plaza de Mina, y aun la llamarían á la punta de S. Felipe una noche de Diciembre con noroeste largo si se llegase á cundir por ahí que esa noche habia música en aquel sitio.

Principiemos por transmitir una observacion de que no respondemos porque no es nuestra ni hemos tenido la curiosidad de comprobarla en nosotros mismos. Esta es que el sonido acompasado que se produce por un instrumento cualquiera ayuda á la marcha á términos de hacer bastante mas difícil el cansancio. De aquí es que en los movimientos de las tropas en ciertos ejércitos, si la jornada es larga, se hace que de vez en cuando toquen marcha los tambores.

Ello será así, y aun hay razones para que así en efecto sea; pero no vemos aplicacion posible al presente caso, puesto que ninguna de las que se pasean en la Alameda ó en la plaza de Mina vá allí mar-

chando al compás de la música á guisa de tambor mayor, en cuyo solo y único caso comprenderíamos que aquella pudiese sostener sus fuerzas en tantas idas y venidas como ocasiona la dificultad de coger un asiento bueno, esto es, un asiento que esté cerca de alguna farola, un asiento donde una vea y donde la vean á una.

Pero seamos mas esplicitos. La verdad es que nadie oye aquella música y que nadie se ocupa de ella. Quien no va á la fuerza va á su negocio; á los primeros no es bastante á quitarles su mal humor una sinfonía; los segundos no se cuidan de ruidos; el amor no repara en corcheas.

La música, segun lo dicho, resulta no ser aquí mas que otro pretesto. En la Alameda se sabe que la hay dos veces en la semana y otras dos en la plaza; esto atrae gente. Si alguna de esas noches ya señaladas de antemano no acudiese á tocar la banda, de seguro nadie se apercibiría de ello, y al volver á su casa cada cuallo haría muy persuadido de que se habian tocado primores.

Música hay tambien en la feria de Navidad, y no así como quiera, sino de todas las especies posibles. Un bombo y un clarinete hacen parte integrante y *sine qua non* de las cunas aéreas y de los juegos de sortija. Los polichinelas y las sucursales de la tia Norica tienen tambien su orquesta, que ora es una guitarra, ora una gaita gallega, y ora acaso en su mas alto punto de aristocracia un organillo transeunte de alquiler.

Música existe tambien en los cafés, y aunque en rigor ella no añade un solo quilate de bondad al grano que se consume ni da mas blancura al azúcar ni mas pureza á la leche, ello es de fórmula el que mientras V. sopla y sorbe, y mientras discute con el vecino sobre la cuestion de Marruecos ó sobre la anexión de los ducados de Italia, le toquen *La casta Diva*, ó *El buñuelo*, ó *La sopimpa* ó *El miserere del Trovador*. ¿Sin eso á qué le sabría á V. el café ni cómo podría disertar con acierto respecto á las tareas del futuro congreso europeo, si es que lo llega á haber?

Sucede algunas veces, y aquí ha sucedido en efecto mas de una, que á deshora y cuando menos uno se cata se oye una música por las calles. ¿Es que pasa un regimiento? No; es que, por ejemplo, se ha recibido por el telégrafo la noticia de la concesión de un ferro-carril ó cosa por el estilo. El asunto merece la pena; pero pasa un año y han surgido trescientas sesenta y cinco dificultades; esto es, á dificultad por dia uno con otro. Se gestiona, se habla, se escribe, se ofrecen subvenciones; parece que el carro quiere marchar; nuevo parte telegráfico;

nuevas músicas. Pasa otro año, y pasan otros mas; hay nuevos obstáculos, se vencen, el asunto se dice que marcha; pero ello es que no marchan los wagones. Todo aquello fué música.

Pero si hay músicas que no se oyen, hay otras que no se quieren oír.

Está V. en su casa y entra uno, verbigracia, á pedirle dinero, sin que haya en V. motivo alguno para dárselo; ¿qué es lo que V. le contesta, ó al menos qué es lo que se le ocurre contestar? "¡No me viene V. con mala música!"

Pues supongamos que á pesar de eso insiste en su absurda petición; ¿qué le dirá V.?: "Señor mío, aquí está de mas; puede V. irse con la música á otra parte."

Suponemos que nuestros lectores habrán visto una pieza muy comun que se titula *El maestro de escuela*, en la que se prueba de un modo concluyente la ventaja de la música en ciertos casos graves y árdulos. Cuando durante el exámen uno de los discípulos habla de la irrupción hecha en nuestra España por los perros alanos, grita aterrado el maestro: "Música! música!" y la música viene con su estrépito á cubrir este y otros dislates para que no sean percibidos por el presidente del acto, el que por dicha resulta despues ser sordo como una tapia.

¿En cuántas reuniones donde los hombres hablan convendría una música!

FRANCISCO FLORES ARENAS.

Dos palabras sobre un artículo del periodico "El Ateneo."

En el escelente artículo que con el título de *Un desahogo* ha publicado en *El Ateneo* el distinguido presidente del establecimiento que lleva el mismo nombre, no solo se ensalza con esquisita galantería á LA MODA y á la humilde persona que esto escribe, sino que se traslada casi en su totalidad cierto párrafo en alabanza de aquel precioso instituto, el cual hacia parte de nuestra revista local correspondiente al número del 25 del pasado. Sin embargo, la modestia del dicho Sr. dejó truncado el párrafo, y nosotros estamos en el deber de completarlo copiando íntegro lo que ahora se omite. Así, despues de las palabras *su bien entendida organizacion actual*, se leían las siguientes: "ventajas que en grandísima parte son debidas al incansable celo, enérgica fuerza de voluntad y elevada inteligencia de su digno presidente D. Miguel Ayllon y Altolaguirre, que ha sabido con es-

quisito tacto reunir los dispersos elementos del estinguído Liceo, y amalgamándolos con otros nuevos ha logrado utilizarlos en pro del Ateneo que creó y que con aplauso universal dirige."

Bien es que á cada cual se le dé lo que le corresponde: *Suum cuique*.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

REVISTA DE CADIZ.

Recuerdos.—Certámen literario.—Poetas gaditanos.

—Una cuestion histórica.—Falso duque de Módena en Cádiz.—Epitafio discreto.—Portentosas antigüedades.—Epigramas espontáneos.

Cádiz ha tenido siempre fama de ciudad poco literaria; y en verdad que esta vez como otras tantas la fama ha sido sobradamente injusta. Desde el siglo XVII siempre ha existido en Cádiz un centro literario de mas ó menos individuos, con mayor ó menor ingenio, con mas esclarecido renombre, ó con ninguna nombradía. Recuerdo que en grandes solemnidades religiosas la musa de nuestros ingenios adornaba los templos con grandes targetones, en que se leían sonetos ó décimas con alusion á la festividad que se celebraba. Mas aun: habia algunos certámenes literarios en que ostentaban las flores de su imaginacion, entre ellos no me parecen indignos de mencion uno á Jesus Nazareno, otro á la muerte del rey Carlos II, en que el jóven don Luis Enriquez, conocido por el *Góngora gaditano*, no por vituperio sino por gran elogio, tomó una parte muy activa, y por cierto algo honrosa. La muerte de Felipe V, la del rey Luis I, la de Fernando VI, y la de Carlos III, tambien fueron dolorosamente cantadas por los vates de Cádiz.

En Cádiz las óperas italianas se aclimataron antes que en poblacion alguna de España, salvo la capital donde la aficion de los reyes de la dinastía borbónica las hacia *oficialmente* populares por la adulacion cortesana. Nueve óperas de Metastasio fueron cantadas en Cádiz y traducidas espresamente por un poeta forastero muy vano y poco ingenioso llamado don Juan Marujan y Ceron.

En otras capitales de provincia se ha despertado el deseo de algunos años á esta parte, de renovar los antiguos juegos florales de *las cortes*, llamadas *del amor*. El Liceo de Granada, el Ayuntamiento de Barcelona, el Liceo de Córdoba y otras corporaciones han abierto recientemente certámenes de este género para excitar á nuestros poetas por medio del estímulo de un honorífico premio á que escriban sobre importantes asuntos, enriqueciendo con obras notables la literatura patria.

Cádiz, cuya provincia en el presente siglo ha dado á España mas escritores importantes que otra alguna, no ha querido permanecer indiferente ante las luchas del ingenio que presentan otras capitales.

La sociedad del *Ateneo*, que á pesar de las contradicciones con que ha luchado y lucha, prosigue incansable en sus tareas, ha abierto un certámen para el día 22 de Enero próximo, admitiéndose las composiciones, que se han de dirigir al presidente general hasta el día 8 del mismo Enero, bajo las condiciones comunes á certámenes de esta especie.

Los asuntos son dos: uno religioso y otro histórico para otras tantas composiciones poéticas que no han de bajar de cien versos ni esceder de cuatrocientos, dejándose á los autores en libertad de usar del metro que mejor cuadre á la esplanacion del pensamiento que traten de desarrollar, libertad convenientísima tratándose de la obligacion de escribir sobre un asunto dado.

En mi concepto no pueden ser mejores los elegidos. El primero es *La Virgen de las Mercedes redentora de cautivos*, asunto que se presta mucho al entusiasmo religioso y patriótico, pues bajo ese nombre se recuerdan hechos altamente gloriosos para la religion, para la humanidad y para la patria: el famoso rey don Jaime I de Aragon y San Raimundo de Peñafort: tantos generales de esa órden que se distinguieron por su saber y sus virtudes, siendo ó aragoneses, ó catalanes, ó valencianos.

El segundo asunto es *la salida de las naves de Colon del puerto de Palos al descubrimiento del Nuevo Mundo*. No puede haber otro que mas se preste á elevadas consideraciones y al embellecimiento de las mas ricas imágenes de una imaginacion fogosa.

Los premios consistirán en una elegante flor de oro, en el título de socio de mérito del Ateneo y en cien ejemplares impresos de la composicion.

Se dará un segundo premio á los autores de la obra que mas se acerque en mérito á la premiada: consistirá en una elegante flor de plata, en el título de socio corresponsal de la Academia de Literatura y en cincuenta ejemplares impresos de la composicion.

Se admitirán al certámen las obras de poetas españoles, pertenezcan ó no á la sociedad del Ateneo.

El jurado que ha de fallar sobre el mérito de las composiciones está formado de personas que seguramente procederán con la mas estricta imparcialidad. A mas, están escluidas de tomar parte en el certámen con sus obras.

Así no es dudoso, atendido lo inspirador de los asuntos, que la concurrencia de obras sea numerosa, contribuyendo sus autores á hacer mas notable un acto en que Cádiz atestigua una vez mas su renombre de culta.

Y ya que del Ateneo trato, no me parece in-

oportuno anunciar á los lectores que en la próxima sesion de competencia, que se celebrará el día 15 del corriente, se representarán dos comedias en un acto: una de nuestro distinguido amigo el Sr. Flores Arenas, titulada: *El Ecarté ó el día despues de un baile*, y otra original de nuestro buen amigo el Sr. Sanchez del Arco, y que lleva por título- *No mas calvos*. Tambien en la sesion de Literatura habrá una novedad: la lectura de un proceso festivo, escrito en verso por los Sres. Sanchez del Arco, Lara y Flores Arenas.

La cuestion de los ducados en Italia tambien se ha dejado sentir en Cádiz. Entiendo que oficialmente se han hecho gestiones no sé por quien, y cerca de mi humilde persona por quien sé, favoreciéndome con cartas para averiguar si era posible hacer una prueba plena por documentos oficiales acerca de un Don Carlos de Roma, que en 1748 se titulaba falsamente *Príncipe de Módena* y que ingresó de tránsito en la cárcel pública de Cádiz en 30 de Marzo de 1749. Este señor, que al parecer pagó con un grillete sus pretensiones al Ducado de Módena, salió para Ceuta el 10 de Mayo del mismo año en la Gabarra de un patron que se llamaba Cuadrado.

Imposible ha sido satisfacer los deseos de los que andaban en estas averiguaciones. En el archivo de la cárcel nada consta. En el de la comandancia general que es donde debiera existir algun documento referente al asunto, tampoco puede hallarse cosa alguna, pues sabido es que el antiguo archivo del gobierno militar y político de Cádiz fué quemado por la canalla sublevada en 1808, cuando asesinó al noble general Solano.

Ignoro para qué son esos datos. Ahora que se andan revolviendo documentos contra la familia del actual duque de Módena, nada tiene de extraño que se desee algo referente á ese Don Carlos de Roma, ó como víctima tratada con severidad ó como pretendiente con algun legítimo derecho.

No me parece conveniente dejar de hacer memoria de un hecho que honra á la proverbial cultura de la clase proletaria de Cádiz. Entre los asesinatos cometidos de un año á esta parte en Cádiz, uno fué el de un honrado albañil. Su familia y amigos han querido dejar consignado su dolor en una sencilla memoria. Han colocado una lápida en el nicho en que reposa, poniéndole esta inscripcion:

En su constante afliccion
Es de los tuyos anhelo,
Que Dios te conceda el cielo,
Y á tu asesino el perdon.

El mérito de este sencillo epitafio está en que el pensamiento no es del poeta que lo ha escrito,

sino de los parientes del difunto, que así lo han exigido terminantemente, rasgo de cristiana abnegacion, digno de los mayores elogios, y mas aun, mientras que el presunto reo aguarda en una prision el fallo de la justicia humana. Sin duda alguna, si este hecho hubiera sido entre personas de clase afortunada, se hubiera solemnizado como una muestra de las mas relevantes virtudes. Hasta ahora este es conocido de muy pocos.

En los alrededores de una aldehuela cerca de Vejer, llamada Barbate, que fundó uno de los duques de Medina Sidonia, y hacia donde se encontró en el siglo XVI el sepulcro de San Paulino, se hallan con gran frecuencia en escavaciones algunos enterramientos romanos. No ha mucho tiempo que los periódicos de la corte alborotaron á los anticuarios de España y los demás de Europa con hallazgos portentosos de monedas imaginarias, de reyes y personajes que nunca han existido y de ruinas de una ciudad desconocida.

Pero todo esto no fué en verdad mas que ruido, hallazgo nuevo para quien no tenia la menor noticia de lo que las personas entendidas estaban hartas de saber.

La imaginacion de los hijos de Cádiz es tan fecunda y tan viva que incesantemente ofrece materiales al que quiere recopilar algunas de las flores que produce.

Un amigo mio se ocupa en recoger los pensamientos originales que oye, esos epigramas espontáneos que salen maquinalmente de los labios de los predilectos hijos de este suelo, sin que ellos mismos se ocupen de lo que dicen. Delante de él, oyó censurar á un pintor severísimo en los siguientes términos, que él redujo á verso para mejor conservar en la memoria el pensamiento.

Mal anda con los pintores
el pintor don Blas de Ataide:
si obras de nadie le gustan
las suyas gustan á alguien?

La siguiente queja de un artista, muy entendido por cierto, puso tambien en verso:

A un pintor que la retrate
pidió una horrenda señora;
y el pintor así decia:
"Acabo por pintamonas."

Pero nada de esto tiene comparacion con el hecho siguiente que presenciamos varios amigos en una oficina, adonde acudió un yerno por la última paga de su difunto suegro para atender á los gastos de su entierro. Este no fué epigrama, sino dicho de una inocente sandez deseosa de ponderar el cariño que tenia á su suegro y lo mucho que habia hecho por

él en sus últimos instantes, y lo que estaba haciendo aun para el decoro del cadáver. El mismo amigo puso tambien en verso el pensamiento, que luego ha venido á quedar como epigrama.

Cierto yerno así esclamaba
de su buen suegro en la muerte:
"aunque es mezquina mi suerte,
bien se yé cuanto lo amaba.

Para con pompa enterrarlo
tomé mis disposiciones:
ya está con cuatro blandones
que dá contento el mirarlo."

Esto tiene tanto de original como de histórico:
testigos mi amigo Flores Arenas y el que suscribe.

ADOLFO DE CASTRO.

RUGIER DE LAURIGA.

NOVELA ORIGINAL

POR

D.^a FELÍCITAS ASIN DE CARRILLO.

SEGUNDA PARTE.

(CONTINUACION.)

—La víspera del día en que Rugier me sacó del castillo le ví pasear por las afueras de este en compañía de una mujer que se llamaba Berta.

Al oír este nombre Rugier de Lauriga, que guardaba silencio, exclamó casi sin poder contenerse.

—Oh! ya he dado con la clave de todos estos misterios; ya sé quién es el padre Gerardo.

—¿Quién es? ¿quién es? preguntaron á una sus dos interlocutores.

—Rugier se contuvo y respondió en estos términos.

—Lo único que puedo deciros os vá á parecer un delirio; mas si me creéis bajo mi palabra sabed para vuestro gobierno....

—¿Qué? hablad.

—Que el fraile cargado de años, el fraile que se multiplica por medio de una actividad pasmosa; el fraile, en fin, que tanto os pone en cuidado, ni es viejo, ni es fraile, ni cosa que lo parezca, por que.... quiero decirlo, aunque no puedo pronunciar su nombre. La persona que se oculta debajo de aquel hábito y de aquella capucha....

—¿Quién es? concluid.

—Es una muger hermosa, jóven, opulenta.

D. Lope se acordó al oír esto de un page que se habia convertido en dama y creyó que una dama podia convertirse asimismo en un religioso tal como lo parecia el padre Gerardo.

Fernando de Mallorca estaba cada vez mas admirado.

Rugier no quiso pronunciar una palabra mas y todos guardaron silencio.

Un momento despues los tres caballeros se apeaban cerca de una lujosa tienda de campaña junto á la cual se alzaba otra en que campeaba el pendon real de Castilla.

—Entrad en mi tienda, señores, dijo D. Lope á sus amigos; dentro de media hora tendré el gusto de presentaros á S. A.

CAPITULO XII.

D. Lope de Haro, fiel á su propósito, presentó al rey, antes de anocheecer, á los dos valientes caballeros, cuando estos habian ya descansado un poco de las fatigas que hacia bastante tiempo venian soportando.

El rey estaba de buen talante y tuvo la bondad de recibirlos con suma benevolencia. Bastábale que el de Haro los presentara; mas como Rugier tenia fama en todas partes de bravo y esperto; como sus hazañas habian llegado en mas de una ocasion hasta los oídos del jóven monarca, este halló nuevos y poderosos motivos para recibir con agrado á los que ya, por ser amigos de su favorito, debian serle apreciados y simpáticos.

Terminada la audiencia, que fué para Lauriga doblemente satisfactoria por las razones que luego apuntaremos, Fernando de Mallorca, débil aun á causa de sus últimas heridas, quiso retirarse á dormir y se despidió de los dos antiguos rivales. Rugier tenia deseos de hablar á solas con el de Haro, y este por su parte no pretendió esquivar la conversacion de Lauriga, porque viéndole inquieto y preocupado, queria comunicarle un contento que él, á decir verdad, no tenia. La noche estaba plácida y serena, como el alma de un justo, y los dos amigos aspiraban con ansia el ligero ambiente que hacia flotar las plumas de sus cascos. La luna comenzaba á lucir en el sereno firmamento y Tordehuegos permanecia silencioso de la misma manera que el campo sitiador. Aquel silencio no dejaba de ser amenazante y sombrío.

Rugier habló el primero y dirigiéndose á su antiguo rival le dijo:

—Qué lentamente se pasan las horas, amigo mio! La noche avanza y en pos de ella vendrá el día que debe alumbrar mi muerte ó mi suprema ventura! Oh! ¿estais seguro de que al amanecer habemos de dar el asalto?

Es casi infalible, respondió D. Lope. Esta mañana hubo parlamento, se envió un heraldo y se intimó al enemigo la rendicion de la plaza. Se ha dado un plazo que espirará dentro de poco. Si antes de la media noche el enemigo no contesta, ya no hay avenencia posible; el combate se trabará y nuestra será la victoria; no lo dudeis.

—Plegue al cielo que así suceda!

—Decís eso en un tono tan triste.... ¿Dudais de vuestra estrella y de vuestro valor?

—Si os he de hablar en confianza yo no sé lo que temo; pero abrigo un triste presentimiento que en este instante me está prensando el corazón.

—No os comprendo, capitán Rugier. Creo que no hace mucho estábais bastante comunicativo y alegre.

—Lo estaba porque acabábais de prestarme un inmenso servicio.

—¿No os debo yo la vida que me salvásteis en Valladolid?

—D. Lope no pudo disimular cierta espresion de amarga ironía que se pintó en aquel instante sobre su rostro haciendo un tanto temblorosa su voz. Rugier que le miraba con fijeza se acercó á él y estrechándole una mano le dijo:

—Teneis razon, no hablemos de beneficios. Habeis conseguido de vuestro soberano que yo mande una parte de este bizarro ejército, y es justo, muy justo, que procure imitaros en todo conduciéndole á la victoria. Por otra parte, yo debo reconquistar la posesion de mi esposa y haré todo lo que pueda, por mas que mi estrella se oponga.

El capitán sonrió con amargura y añadió:

—Pero pudiera suceder que los hados me fuesen contrarios y entonces.... oh! entonces Catalina quedaria desamparada en el mundo. Su hermano no la perdonaria nunca su falta de sumision....

D. Lope que estaba densamente pálido al oír hablar de Catalina, hizo un esfuerzo supremo sobre sí mismo y dejó escapar una carcajada.

—Callad, visionario, exclamó: ¿dónde diablos estais mirando que solo alcanzáis á percibir sombras y señales de luto? Por vida de.... ¿sois vos el valeroso caudillo triunfador en tantos combates? Pardiez, que desconozco vuestra fé y vuestra firmeza de voluntad! ¿Qué habeis hecho de ellas para que así os asalten tan horripilantes presentimientos?

—Puesto que quereis que os lo diga, voy á ser franco con vos. Ya sabeis que un día me confió el rey D. Jaime II la honrosa mision de ir á domeñar con las armas la enérgica resistencia que los navarros de Sangüesa oponian á nuestras huestes....

—Yo sé, y no ignoro tampoco que allí peleásteis con la misma bravura de siempre.

—Hice cuanto pude; pero la suerte me fué contraria y quedé vencido y prisionero; mas no fueron para mí tan fuertes las ligaduras de aquel cautiverio, como las que luego me deparó el amor que hubo de inspirarme Catalina. El porvenir de este amor fué despues inmensamente rico de esperanzas, porque Adrian, que era la única persona que podia oponerse á mi felicidad, llegó á profesarme la mayor estimacion. Sobrevino despues la muerte de mi idolatrado padre, vos llegásteis con el vuestro á Zaragoza, y desde entonces empezó á nublarse mi dicha.

D. Lope dió muestras de querer hablar; pero Rugier continuó como interrumpiéndose á sí mismo.

—Conozco la lealtad de vuestro corazón, y es inútil que intenteis hacerme protestas de ninguna especie. Cuando llegó á mis manos aquel escrito

en que mi buen amigo Fernando de Mallorca me anunciaba hallarse cautivo en el castillo de Guevara, sabeis que os pedí perdon por las sospechas que abrigaba respecto á vos, y que os anuncié la existencia de una persona que me habia jurado una guerra sin tregua. Pues bien; esa misma persona se hallaba en Zaragoza cuando vos llegásteis allí fugitivo; y ella, y solo ella fué quien me indispuso con Catalina, con su hermano, y hasta con los mismos reyes, cuya bondad habia sido siempre tan inmensa para mí como el cariño que yo les profesaba.

—Esta es la segunda vez, observó D. Lope, que me hablais de esa persona cuyo nombre no habeis querido revelarme; mas como yo apenas salia entonces del alcázar y tenia trato con todas las personas mas visibles de la poblacion; como conservo ciertas reminiscencias de algunos hechos aislados que vos acaso desconoceis, voy á permitirme dirigiros una pregunta: ¿era por ventura una mujer la persona que así se obstinaba en entorpecer vuestra dicha?

—Cómo habeis podido presumirlo?

—Cómo? Oh! vos no sabeis que tambien anda por mi camino una mujer de genio audaz, de condicion vehemente, de carácter resuelto y llena de poder y de riqueza: una mujer que me ha empujado al bien y al mal, y que unas veces me ha protegido, mientras otras me perjudicaba, sin que yo pudiese darme cuenta de ello.

Rugier que escuchaba atónito estas palabras exclamó sin poder contenerse:

—Sí, sí, es la misma; la pintura no puede ser mas exacta: hablais de la condesa de Cinco-villas.

—Teneis razon; os hablo de ella, como pudiera hablaros de un page que hace tiempo me hizo tomar parte en una conjuracion endiablada; el page se convirtió mas tarde en una dama que me aconsejó amar á Catalina.

—Como á mí que la olvidase; murmuró Rugier apretando los puños de ira.

D. Lope guardó un instante de silencio y luego continuó:

—Bien mirado, yo no sé que motivo impulsó á la condesa de Cinco-villas para que así quisiese influir en todas mis acciones. Recuerdo que un día me demostró el encono con que miraba al rey D. Fernando de Castilla; conservo en mi memoria algunas otras circunstancias, y aunque hoy no sé á punto fijo su paradero, he llegado á sospechar....

El de Haro se interrumpió, y dirigiéndose á Lauriga le preguntó con viveza:

—Capitán, ¿habeis sondeado vos alguna vez el corazón de esa dama? ¿sabeis si se ha propuesto tal vez atentar contra el poder de mi rey?

Rugier vaciló un poco antes de contestar; pero luego tomó una resolucion definitiva y respondió:

—Nunca hubiera salido de mí semejante revelacion; mas ya que lo adivinais, no seré yo quien contribuya por mas tiempo á la perpetracion de un delito. Velad por la vida del monarca.

—Gracias, dijo D. Lope tendiéndole una mano; siempre obrais con lealtad: no os pese haber con-

firmado mis sospechas. Aun no sabeis todas las razones que he tenido para abrirlas; mas como teneis necesidad de descanso y yo de hacer algunos preparativos, voy á dejaros en vuestra tienda. Dentro de pocas horas os iré á buscar á ella.

—Como gustéis; pero antes de separarnos dejadme concluir lo que os estaba diciendo. En Zaragoza dejé pendiente con Adrian un duelo que yo temia llevar á cabo y que hubiera impedido á costa de mi vida; mas Adrian estaba obcecado en su furor, y el desafio quedó aplazado y sin duda debe efectuarse. Adrian está dentro de Tordehumos y mañana es fácil que nos encontremos el uno enfrente del otro.

—Dios no querrá que así suceda, Lauriga. Además que podeis estar equivocado, ¿Quién os asegura que sea Montalvo el guerrero que vísteis esta tarde?

—Me lo dice mi corazon que no se ha engañado nunca y los presentimientos vagos y sombríos que se apoderaron de mí desde el punto que lo divisé por primera vez esta tarde. Iba con la visera calada; pero no me cabe duda de que es él, y como tambien estoy seguro de que me conoció, y no dejará de salirme al paso, como estoy resuelto á dejarme acuchillar por él antes que descargar mi acero sobre su cabeza, es por lo que antes queria pedir os un favor que espero no me negareis.

—Hablad; me teneis á vuestra disposicion.

—Si por casualidad sucumbo en la lucha; si muero á manos del que me venció antes; decid á Catalina que perdona á su hermano, que me perdona á mí y...

Rugier se detuvo un instante.

—Qué? acabad! exclamó D. Lope con alguna ansiedad.

—Si vos la amais, protegella, casaos con ella y hacella feliz.

—Ya os he dicho que estais delirando, dijo D. Lope despues de una breve pausa y con acento casi jovial. Sin duda habeis imaginado que yo no he visto en el mundo mas beldad que la vuestra y teneis celos todavía. Insensato! ¿pensais que un hombre de mi edad no se cura al cabo de algun tiempo de ciertas leves heridas de amor? Si ciego vos con el vuestro pensais en la muerte, yo que soy feliz quiero comunicaros la esperanza y la vida; quiero que no os encontréis con Adrian y lo conseguiré á todo trance. Por ahora es fuerza que nos separemos, porque necesitais descansar.

D. Lope queria estar solo, porque el pesar le devoraba. Tan amante de Catalina como el primer dia, habia tenido que esforzarse para aparentar lo contrario, y temia que su dolor le vendiese. Así fué que al verse solo dentro de su tienda lanzó un ahogado suspiro y se dejó caer sobre su asiento con muestra de profundo cansancio.

De pronto le sacaron de su abstraccion murmullos y acentos confusos que cada vez se fueron escuchando mas cerca; el campo se iluminó de repente por la roja claridad que despedían algunas antorchas: D. Lope se levantó y describiendo un tapiz se halló frente á frente de algunas personas

que al parecer procuraban penetrar hasta el sitio en donde él se encontraba.

—Qué ocurre? preguntó entonces con mas curiosidad que sobresalto.

—Ocorre, respondió un guerrero que al parecer hacia las veces de su lugar-teniente, que los sitiados tratan de contestar á nuestra intimacion, y envian un parlamentario. S. A. el Rey se halla en estos momentos con un correo que acaba de llegar de Valencia, y quiere que vos recibais entre tanto al recién venido de Tordehumos. ¿Quereis que sea introducido hasta vos?

—Que entre, dijo D. Lope sin vacilar.

Un instante despues un caballero armado de punta en blanco, debidamente custodiado y cubierto el rostro, penetró en la tienda haciendo un saludo cortés, al cual contestó el de Haro con la misma finura.

—Qué quereis? preguntó D. Lope con acento breve y enérgico.

—Quiero hablaros, y hablaros á solas si es posible.

—¿Teneis alguna cosa importante que comunicarme?

—Sí.

—En ese caso, dejadnos solos, repuso el de Haro dirigiéndose á cuantos estaban presentes.

No bien hubieron quedado solos, el caballero desconocido alzó la visera de su casco exclamando:

—Me conoceis?

D. Lope pareció sorprendido y dijo:

—Vos por aquí, Adrian?

—Sí: yo que hallándome en Tordehumos vengo á brindaros con la paz y á pedir os un favor.

Veamos cuales son vuestras condiciones.

—En cuanto á la paz, podeis decir al rey que todo se compondrá si mañana mismo en vez de darnos el asalto levanta el sitio y jura devolver al de Lara ciertos fueros y preeminencias que le han usurpado, en cuyo caso, él y todos los suyos volverán á serle súbditos fieles y sumisos.

—Eso no es posible, Montalvo.

—En ese caso tengo el disgusto de anunciaros que el sitio durará mucho mas tiempo del que vos pensais. Por otra parte debo deciros que vengo á vos de parte de una persona que os es sumamente conocida. Oid bien las palabras que esa persona me ha encargado que os dirija á solas.

—Hablad; os escucho con atencion.

—Id, me ha dicho, y decid al noble D. Lope de Haro, que Ramiro, el que le salvó la vida en cierta ocasion, se interesa vivamente por el bien de D. Juan de Lara, y que es necesario incline el ánimo de D. Fernando para que estas alteraciones se arreglen por el pronto sin lastimar los intereses de nadie. Decidle que así lo espero de su lealtad y aun de su propio interés.

—A decir verdad, repuso D. Lope despues de un momento de meditacion, no me estraña que os envíe ese Ramiro á quien vos sin duda coneceis tanto y acaso mas que yo; lo que sí me estraña, y permitidme que me explique con esta franqueza, es que vos, navarro de nacimiento y de corazon, os

halleis mezclado en estos asuntos puramente interiores de nuestro reino.

—Ahí vereis, respondió Adrian con alguna altanería; también vuestro antiguo rival no tiene nada de comun con Castilla, y á juzgar por las apariencias, parece que también os ayuda en esta jornada.

—Cómo! habeis visto á Rugier de Lauriga?

—Sí; según parece los dos hemos llegado esta misma tarde, él á vuestro campamento y yo á la villa sitiada, en la cual he podido penetrar sin gran trabajo, gracias á la poca vigilancia de vuestras tropas.

D. Lope se sonrió y dijo:

—Sin duda debeis conocer bien estos alrededores cuando así la habeis burlado, amigo Adrian.

—Si os digo la verdad, nunca estuve en Tordehumos; pero tenía buenas instrucciones, y al llegar cerca de sus muros no faltó una persona inteligente que me estuviera esperando.

—Yo os doy la enhorabuena por ello; pero volviendo al objeto de vuestra misión, quisiera me dijérais cual es el propósito de Doña Ana al dirigirme por vuestro conducto semejante mensaje. ¿Se encuentra tal vez en la villa?

—Sí.

—Fácil era presumirlo. La noche que huyeron de Valladolid el infante, D. Juan de Lara y todos sus parciales, un fraile que sin duda en tiempos anteriores había tenido ocasión de falsificar el sello de mis armas, hizo que todos escaparan. Ese fraile está hoy en Tordehumos y sin duda es la persona que os envía.

—Lo habeis acertado.

—Pues en ese caso, dijo D. Lope levantándose, tened la bondad de decirle de mi parte, que no es á mí á quien debe dirigirse en semejante ocasión. Decid á Doña Ana de Sobradiel, condesa de Cinco villas, que el caballero D. Lope de Haro, presunto señor de Vizcaya y general de las tropas del rey D. Fernando, está dispuesto á servirla en cuanto pueda, vertiendo su sangre si necesario fuera para pagarle el servicio que le prestó; mas decidle también que no puedo, que no debo hacer traición á mi rey.

—Es esa vuestra última resolución?

—La última y la única posible.

—Pues si es así, yo también debo dirigiros algunas palabras: la villa de Tordehumos tiene medios de defensa, y sus moradores están resueltos á perecer antes que entregarse á vos y á vuestro rey.

—Lo veremos.

—Lo veremos.

Y los dos antiguos amigos que antes habían simpatizado tanto, se arrojaron al rostro mutuamente una mirada llena de cólera y profundo rencor.

Iba ya Montalvo á salir de la tienda, cuando D. Lope, que desde que le vió entrar en ella había estado dominando un deseo vehemente y continuo, no pudiendo ya sufrirlo por mas tiempo, exclamó lleno de emoción:

—Deteneos un instante, Adrian; tengo que haceros una pregunta.

—Qué quereis? dijo Montalvo retrocediendo.

—Vos sabeis que he querido mucho á vuestra hermana, ¿podeis decirme algo de ella?

—Mi hermana ha muerto! respondió Adrian con tono fúnebre y verdaderamente aterrador.

A estas palabras siguió un instante de silencio, durante el cual solo se pudieron percibir algunos ahogados suspiros que el de Haro dejó escapar de su pecho.

—Muerta! muerta! exclamó en voz alta sin saber siquiera lo que decía.

—Muerta, sí, repitió Montalvo con feroz ademán; muerta por ese infame aragonés que la sedujo y la arrancó de mi casa para abandonarla mas tarde; pero yo me vengaré, oh! sí, me vengaré bebiendo la última gota de su sangre.

Adrian fuera de sí, frenético y sin saber á su vez lo que hacía, se lanzó fuera de la tienda al mismo tiempo que entraron en ella varias personas.

D. Lope no las vió llegar y volvió á decir retorciéndose las manos:

—Muerta! muerta! oh! ya no la veré mas.

(Se continuará.)

SOLUCION DEL GEROGLÍFICO ANTERIOR.

La muerte domina del mismo modo en la humilde cabaña que en los alcázares dorados de rey.

EDITOR RESPONSABLE:

DON LÁZARO ESTRUCH Y FERNANDEZ.

CADIZ: 1859.—Imprenta de la Revista Médica á cargo de Don Juan Bautista de Gaona, plaza de la Constitucion número 11.

